

El color de la rosa

vanessa cabrera

Image not found.

Capítulo 1

El color de la rosa

Los tacos de sus botas golpeaban la vereda y hacían eco en el asfalto, el frío de esa noche se intensificaba con cada ráfaga de viento, parecía no haber abrigo que resistiera tal helada. Sin embargo ella se paseaba de un lado al otro de la cuadra con toda su elegancia sin inmutarse, pese a la desnudez de su delgado cuerpo, ni el clima más hostil la doblegaba. La jornada parecía poco prometedor, lo que la inquietaba, no se podía dar el lujo de volver con las manos vacías, pero un halo de esperanza iluminó sus ojos al divisar un Vento blanco doblando la esquina, al parecer era su noche de suerte -pensó- cuando vio como el auto disminuía la marcha y se acercaba a ella. Era aquel muchachito extraño que recurría a ella nuevamente, de unos veintitrés años quizás, buen mozo a su parecer, sabía muy bien lo que quería, dinero no le faltaba y todas esas características juntas eran como ganarse la lotería, al menos por unas horas.

El auto aparca a su lado, ella ya lo esperaba sobre el asfalto, el bajo la ventanilla de vidrio polarizado, y le dijo - Vamos, subí-. Conciso, sin vueltas, ni regateos. Una vez en marcha el incómodo silencio del viaje la obligo a decir unas palabras: ¿a dónde vamos?, él apenas sonrió y sin mirarla le dijo que era una noche especial, y tenía ganas de jugar un poco, fue entonces cuando tomo un pañuelo de seda roja de la guantera, nuevamente sin mirarla y como distraído mirando al exterior, le puso el pañuelo sobre sus pierna y en un tono suave y distendido le pidió que se vendara los ojos con él. A decir verdad no le gustaba mucho la idea de taparse los ojos, de quedar tan indefensa, tan expuesta, más expuesta que de costumbre. Aunque era muy difícil negarse al pedido, ¿acaso no estaba para satisfacer los deseos de aquel hombre que recurrió a ella buscando lo que su novia, su amante o las mujeres no le daban? Al ver que no obedecía a su pedido la miro con desaire, y le dijo -si no quieres puedo encontrar otra que quiera-, era peor que haberla insultado, la había desafiado y ella no pensaba bajarse de ese auto, de modo que se ató el maldito pañuelo. Estas muy misterioso hoy muchachito ya quiero saber que estas tramando, le dijo, y él se rio levemente.

Cuando al parecer, habían llegado a destino, el auto se detuvo, y un indeseable silencio se pronunció por unos largos minutos, incrementando la impaciencia de ella que esperaba expectante saber de qué se trataba el bendito juego, que claramente de bendito no tendría nada.

Escucho un crujido, como el hacen las bolsas de alimento al abrirse, de repente algo roso su nariz, y la tomo de sorpresa, era una rosa. No te imaginaba así de romántico le dijo ella que no supo cómo responder a un gesto tan inocente y tan puro como el de regalar una flor. Nunca nadie le

había alagado de esa forma. La rosa recorrió su rostro lentamente, bajo por su cuello hasta llegar a sus pechos y termino en sus manos, ella se acercó la rosa al rostro nuevamente y la olio con ternura. Él se preparaba a seguir con su juego, tomo unos guantes negros y como disfrutando cada segundo, se los puso delicadamente. Observo su alrededor, era el momento perfecto se dijo. Acaricio el rostro de ella que extrañada le pregunto que tenía en las manos, siguió por su cuello sin darle respuesta alguna, pero ella estaba inquieta y quiso sacarse el pañuelo, el jueguito estaba demasiado extraño pero su gusto, pero él no la dejo y al ver que la situación se salió de control decidió adelantarse a la mejor parte de la noche, la tomo del cuello con sus manos y comenzó a estrangularla. La adrenalina circulaba por su cuerpo como un torrente de sensaciones que lo extasiaban y lo llevaban fuera de sí. La presión de sus manos aumentaba proporcionalmente al placer que sentía cuando mataba.

De vuelta en el mundo real y con el acto consumado soltó el cuello de la víctima y su cabeza cayó estrepitosamente hacia adelante en un golpe seco y rotundo. Con una sensación de liviandad y complacencia el estiro su tórax hacia adelante y movió su cabeza de lado a lado, en función de descontracturar la rígida postura que llevaba hacia un par de minutos atrás.

El ritual que acontecía después era toda una proeza, la eliminación del cuerpo la comparaba con el ingenuo acto que hace un perro cuando esconde su hueso favorito, su preciado tesoro, él sabía muy bien lo que se sentía porque él tenía varios tesoros y varios huesos ocultos.

Ato las manos y los pies de la víctima, luego condujo hasta el lugar estipulado. Una vez allí bajo del coche con un cigarrillo en una mano y un encendedor en la otra. Hizo un paneo general del lugar, después encendió su cigarrillo y ahora sí, más distendido estudio con detalle el predio que los rodeaba. Todo parecía estar en orden, tan cual él lo había dejado el día anterior cuando fue a cavar el pozo. Echo un vistazo a su obra maestra oculta bajo un inerte manto de tela, sostenida por tablas de madera que cruzaban la rectangular excavación de lado a lado, cubierta con tierra y pasto.

Solo restaba la última fase del plan, enterrar el cuerpo. Lo saco del auto como si cargara un bebe, pero de unos 60 kilos o más quizás. Haber atado las manos y los pies facilitaba el trabajo y llevarla de la forma adecuada también, la práctica hace al maestro se dijo a sí mismo. Antes de lanzarlo al pozo sintió el olor que emanaba del cuerpo como aquel animal que huele su presa, sus fosas nasales se impregnaron de un aroma que solo el humano era capaz de dar, era el hedor de la muerte que se mezclaba con el frio aire del campo. Quedaba una última cosa por hacer, volvió al coche y tomo la cartera que ella había dejado a un costado del asiento, la reviso hasta encontrar lo que buscaba, el documento de Sarita, que en verdad se llamaba José Sánchez Mamani y lo guardo en el bolsillo trasero de su jean

como quien se lleva un souvenir en una fiesta el no solo las despojaba de la vida sino que coleccionaba sus identidades secretas.